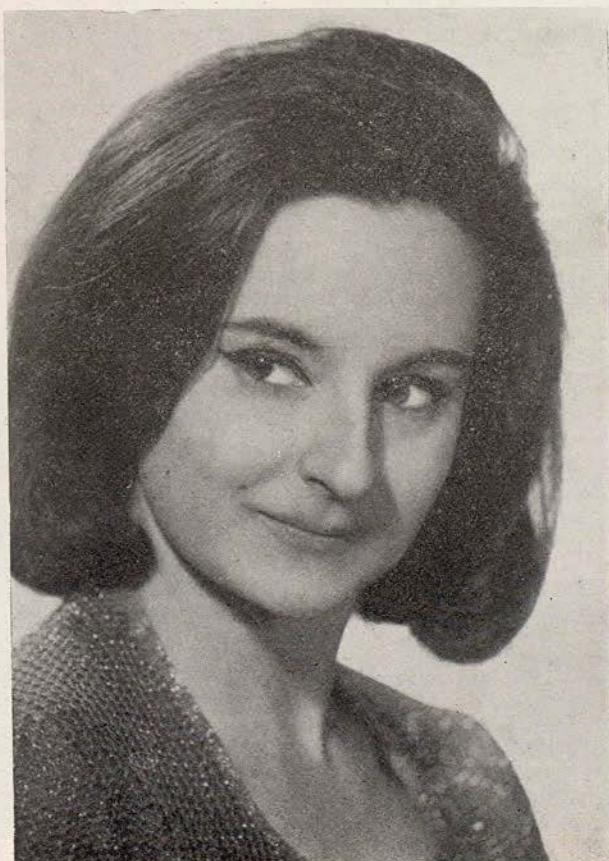


HOMENAJE A AURORA PONS, CON OCASION DE
SERLE IMPUESTAS LAS MEDALLAS DE ORO DEL
CIRCULO DE BELLAS ARTES, DE MADRID, Y
DEL GRAN TEATRO DEL LICEO DE BARCELONA



27 DE ENERO DE 1962

En su vida artística, ha logrado Aurora Pons algo realmente extraordinario: triunfar plenamente en su propia ciudad natal. Sin necesidad de los continuos desplazamientos propios de la nómada vida del artista teatral, esta bailarina excepcional alcanzó el cenit del firmamento coreográfico español actuando siempre en el mismo lugar, el LICEO.

Si aparece en su escenario cuando sólo cuenta breves años, pronto la crisálida logra la metamorfosis para dar paso a la mariposa, que, rutilante de arte y de afición, y siempre fiel a su Maestro y a su Teatro, logra, por derecho propio la máxima categoría artística: ser la «estrella» del GRAN TEATRO DEL LICEO.

La destacada nota de su constancia en el trabajo y de su inquebrantable fidelidad a este GRAN TEATRO, la han convertido en lo que es hoy. La más destacada intérprete española del arte clásico de la danza, a la par que un símbolo de lo que debe ser una artista consciente.

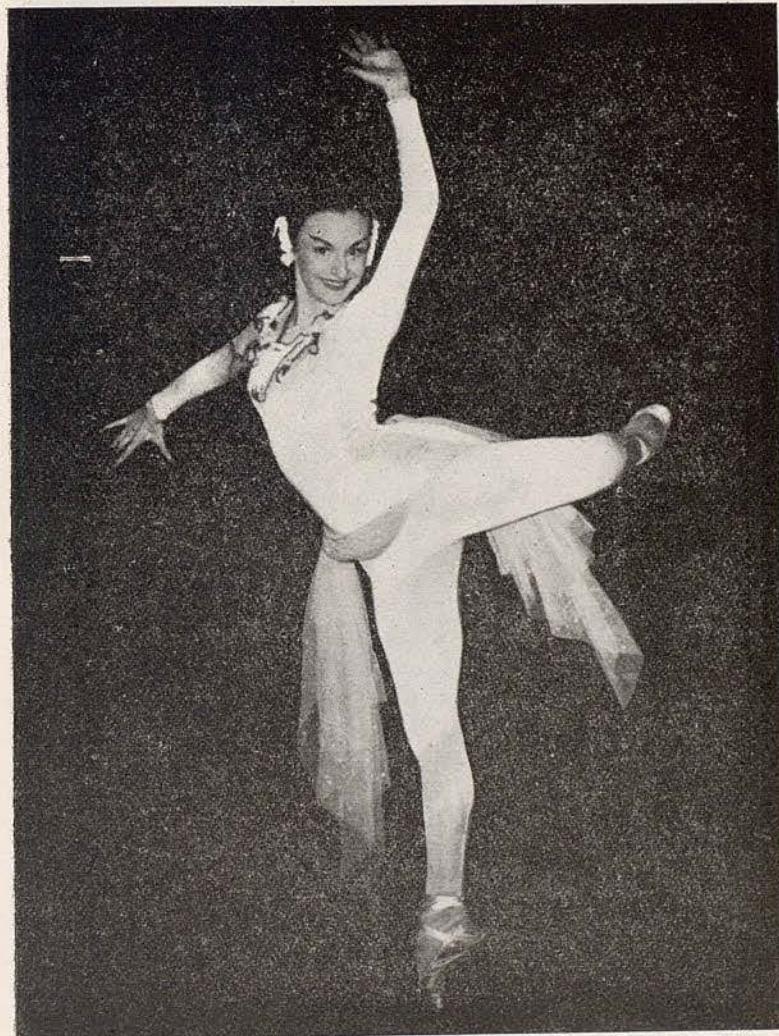
A ella, con nuestra constante admiración y simpatía, tenemos el agrado de ofrecerle el máximo galardón líceista, la Medalla de Oro, que sólo se alcanza con grandes méritos contraídos laborando por el arte.

Pero sería grave ingratitud no recordar, en este momento, a todos los elementos, en sus diversas categorías, que forman parte del Cuerpo de Baile de este GRAN TEATRO, y secundan siempre las iniciativas de su maestro y director, Juan Magriñá, este gran valor de la coreografía nacional, que asume, con plena dignidad y eficiencia, la misión que tiene encomendada, contribuyendo, con su alto sentido artístico, a valorar los espectáculos que se ofrecen a nuestro público.

En la temporada que está finalizando, los componentes de la compañía coreográfica de este GRAN TEATRO han laborado infatigablemente para llevar a cabo la ardua tarea que se les confió. Los aplausos de los espectadores les dieron, en todas sus intervenciones, clara prueba de la simpatía con que se premiaban sus logros y esfuerzos.

Ahora es justo que reciban, también, nuestra pública gratitud por su estimada colaboración.

La Empresa



Aurora Pons en «Sansón y Dalila», una de sus más felices creaciones.



Apenas rebasada su primera década, Aurora inició la senda que había de conducirla al triunfo.

FRENTE Y PERFIL DE UNA BAILARINA

por Ramón Pujol

La biografía de Aurora Pons es corta. Lo impone su espléndida juventud. Pero es, también, pródiga en éxitos. Consecuencia de su depurada formación y de su total entrega a la danza. Nacida en Barcelona, en la Ciudad Condal ha transcurrido casi toda su vida artística. De alumna del Instituto del Teatro —dependiente de la Diputación Provincial—, del que salió con el Premio «Antonia Mercé» —primero de los muchos que luego obtendría y que, sin duda alguna, seguirá consiguiendo—, al cuerpo de baile liceísta, en el que sólo estuvo un año. Al siguiente, pasó ya a ser «solista» del mismo y, dos temporadas más tarde, ocupó el puesto de «estrella». Rápida y fugaz ascensión al primer lugar femenino del conjunto coreográfico titular de nuestro Gran Teatro.

Citemos fechas, que la espléndida juventud antes alabada de Aurora, lo permite. Nació en 1936. Tiene, pues, 25 años. A los 11, ingresó en el Instituto del Teatro, en el que terminó sus estudios con el curso 1949-1950. De allí, como queda indicado, pasaría al cuerpo de baile del Liceo, donde ya había trabajado, en 1947, en las representaciones de «Falstaff», que inauguraron aquella temporada, animando un «enano del bosque», cometido muy indicado para su corta edad y para su diminuta estatura de entonces.

Pronto, muy pronto, destacó Aurora Pons. En la temporada 1951-1952, Juan Magriñá, su único maestro, le confió la actuación de «solista». En la ópera de Rimsky-Korsakoff, «Tzar-Saltan». Con «el moscardón» de la indicada obra, consiguió su primer triunfo liceísta, preludio de los muchos que alcanzaría en sucesivas actuaciones. Mas sigamos con los datos biográficos. En la temporada siguiente, alternó con Rosita Segovia en el puesto estelar, y dio vida escénica, con insospechada gracia, dados sus pocos años, al personaje de «Venus» de «Adriana Lecouvreur». En 1953, pasó a ser ya única «estrella» titular del cuerpo de baile del Gran Teatro del Liceo. Y con unas intervenciones sumamente comprometidas: «La Gioconda», «Faust», «Tannhauser», «Aida»...

Desde entonces, ¡cuantos éxitos, cuantos aplausos, cuantos triunfos, cuantos premios! En el mismo año, interviene en la película «El duende de Jerez». En 1954, baila en «Maruxa» y «La moza y el estudiante», en «La Forza del destino», «La novia vendida» y «Eugenio Onieguin»... En 1955, el Ministerio de Información y Turismo le concede el Premio Nacional de Danza, y estrena el «ballet» del maestro Rodrigo «Pavana Real», aparte intervenir en «La Lola se va a los puertos», «Orfeo», «Sansón y Dalila» y otra vez en «Tannhauser», así como en el homenaje que la compañía del Marqués de Cuevas tributó aquel año a Rosita Mauri.



Recuerdo de su primera intervención como "solista": en "el moscardón", de la ópera "Tzar Sal-tan".



La película "El duen-de de Jerez" tenía importantes secuen-cias coreográficas. Y Aurora Pons las ani-maba con su gracia juvenil.

Mucho trabajo le esperaba en la temporada 1956-1957: «Manon», «La Favorita», «La Traviata», «Aida», el homenaje a Enrique Granados con «Goyescas» y «Tapices de Goya», y la despedida de su maestro, Juan Magriñá, como primer bailarín. Emotivo homenaje a quien es, desde hace tanto tiempo, el capitan que maneja con pulso firme y acertada orientación el timón de la nave coreográfica liceísta.

Sólo dos intervenciones en la temporada siguiente: «Faust» y «Adriana Lecouvreur». Y cuatro en la de 1958-1959: «Aida», «Las bodas de Fígaro», «Mignon» y el estreno de «Amunt», del maestro Altisent. En 1959-1960, bailó «La Dolores» y «Guillermo Tell», y en 1960-1961, «La Favorita», «La cabeza del Dragón», «Aida», «Carmen», «Tannhauser» y «El murciélagos», aparte participar en dos funciones extraordinarias. En el homenaje póstumo tributado al Marqués de Cuevas y en la función de gala en honor de los Reyes de Thailandia.

Los éxitos más recientes de Aurora Pons, los de la presente temporada, están en la memoria de todos: «La Traviata», «La Cenerentola», «La Gioconda», «Las Golondrinas», «Khovantchina», «Faust»... Hasta llegar a la representación de esta tarde, en la que se le rinde público homenaje de simpatía y admiración y un ilustre y prestigioso escritor, miembro de la Real Academia Española y presidente de uno de los más importantes círculos madrileños, se desplaza desde la capital de la nación para imponer a Aurora, sobre el escenario barcelonés de sus grandes triunfos, las Medallas de Oro del Círculo de Bellas Artes y la del Gran Teatro del Liceo.

Dato importante en la carrera de Aurora Pons: su fidelidad al prestigioso Juan Magriñá, tan querido, también, por el público liceísta. Decía Diaghilew que «el éxito de una compañía era la clase diaria de todos sus elementos agrupados bajo la dirección del mismo maestro». Tal es el caso del cuerpo de baile del Gran Teatro del Liceo, y los cimientos que justifican la solidez del mismo, su personalidad y su perfecta preparación para el cometido que tiene asignado.

Otra característica importante en la vida artística de Aurora Pons: su total entrega a la danza. Para ella no existe la palabra descanso. Estudia sin cesar, procura por todos los medios superarse en su labor y se esmera porque sabe que, cada temporada, el público espera sus apariciones con auténtico interés y justificada expectación.

Y, por último, un dato privado: desde septiembre del pasado año, Aurora Pons es la señora de Calderer. Si en plena juventud alcanzó el triunfo soñado, en plena juventud, también, consiguió la felicidad en su vida íntima.

Nuestra admiración más sincera a la gentil y admirable bailarina.



MI DISCIPULA AURORA

Empezaba el curso 1947-48 en el Instituto del Teatro. Entre las nuevas alumnas figuraba la pequeña Aurorita Pons. No sé por qué hay cursos que los escolares son de superior calidad y otros, en cambio, son de un nivel más bajo. Aurora inició sus estudios rodeada de compañeras entre las cuales figuraba un nutrido grupo de chicas aparentemente bien dotadas para el baile clásico. Era un curso que podría calificarse de positivo. Pues bien, Aurora Pons, entonces sólo Aurorita, no destacaba precisamente.

Su cuerpo, más bien de apariencia débil, no despertaba la atención. Y, sin embargo, a los pocos meses, aquella niña de once años se hacía notar tanto por su asiduidad a las clases como por su enorme deseo de aprender. Pronto se colocaría en primera línea y pronto, también, terminaría sus estudios en el Instituto, con tanta brillantez que mereció le fuera otorgado el premio extraordinario «Antonia Mercé», primero que se concedió y primero de los muchos que más tarde habría de conseguir Aurora.

Debo reconocer, en este día de su homenaje, que estimo justísimo, que, con fuerte tenacidad, superó obstáculos que sorprendieron mi larga experiencia. Primero en el Instituto y, después, en los «Ballets de Barcelona», a los que se incorporó como miembro de su conjunto y acabó compartiendo conmigo los primeros papeles en el repertorio romántico.

Pero es en el Gran Teatro del Liceo, como «estrella» de su cuerpo de baile, cuando Aurora se define como bailarina —permítanme la expresión— «peso pluma». Su ligereza poco común entre las bailarinas españolas y aun entre las internacionales, nos lleva a evocar a la tan recordada Tatiana Riabouchinska.

Aurora posee hoy una gran pureza de línea y un perfecto conocimiento de la técnica clásica, y, en la interpretación del baile español, está especializada en la escuela bolera, en cuyo campo logró éxitos que están en la memoria de todos, lo mismo que los alcanzados en su participación en las óperas que cuentan con importantes fragmentos coreográficos.

Ha sido la última de mis parejas y, a su lado, celebré mi adiós al baile en este Gran Teatro. Para ella, toda mi admiración y mi afecto.

JUAN MAGRÍNA

Con ocasión del homenaje que hoy se tributa a Aurora Pons, hemos solicitado su opinión sobre nuestra gran bailarina a dos destacados críticos, un conocido escritor y al Director del Instituto del Teatro, en cuyas aulas se formó la homenajeada.

Se me ha rogado que comente, en breves palabras, el arte de Aurora Pons. Lo haré con sumo placer, porque admiro su incomparable talento desde hace años. Pero, ¿qué se puede agregar a las laudatorias y merecidísimas glosas que plumas prestigiosas han tejido en torno a esta prodigiosa artista, cuyo menor gesto se ve iluminado por un emotivo resplandor espiritual y cuya menor actitud es la encarnación de una idea?

Artista exquisitamente sensible, todas las creaciones de Aurora Pons son la transposición con pasos y actitudes de emociones sublimadas. Pocas danzarinas son capaces como ella de transmutar la fría enumeración de pasos de escuela en lenguaje del alma.

El arte de Aurora Pons es equilibrado y sereno, trémulo de sentimiento y de emoción contenida. Sus danzas son poemas breves y simples, henchidos de vida interior.

SEBASTIÁN GASCH

Cuantos hemos seguido paso a paso, casi espiando con relativo escepticismo la carrera de Aurora Pons —a quien vimos ocupar el puesto de «estrella» titular del cuerpo de baile liceísta cuando era una niña de diecisiete años—, confesamos que hemos ido claudicando por convicción ante los avances ininterrumpidos, tanto en técnica como en sensibilidad expresiva, comprobados temporada tras temporada, aumentando progresivamente las diferencias entre aquella «estrellita» precoz de sus comienzos juveniles a la bailarina impecable y artista eficiente de los últimos años.

Orgullo de su maestro, Juan Magríná. Forjador de tantas «estrellas» coreográficas nacionales, ha sido, en este caso, el artífice

concienzudo que ha moldeado, en el cuerpo dúctil y sumiso de Aurora Pons, lo mejor de sus enseñanzas ejemplares en las diversas facetas de baile clásico y clásico-español, hasta lograr su personalidad artística completa, como exige ser la «estrella» del «ballet» de un prestigioso teatro de ópera.

La meritísima labor de Aurora Pons ha traspasado los ámbitos de la admiración local y ha merecido, muy justamente, la distinción que le ha otorgado el Círculo de Bellas Artes, de Madrid, y la otra Medalla de Oro concedida por la empresa del Gran Teatro del Liceo, premiando así sus abnegados esfuerzos, año tras año, en la defensa de su misión.

ALFONSO PUIG

Aurora, esbelta, enhiesta sobre las puntas, en su juncalidad como azotada y triunfal de aquel mismo aire lorquiano que perseguía a «Preciosa», es el recuerdo —y por lo tanto permanencia— que de ella tengo.

Escaló su sitio peldaño a peldaño; la hemos visto ascender, y ya tiene, como diosa antigua, su plinto de gloria. Ya, aunque no quiera, los pájaros de la Rambla la conocen; la han visto pasar muchos días con su hato de ensayos. Pero quizás ignoran que allí, dentro de la gran casa, vuela como ellos y que tiene, también, su canción de movimientos.

Y que hoy se posa sobre el ramo verde del laurel.

JUAN GERMÁN SCHROEDER

Aurora Pons es una prueba, enorgullecadora para nosotros, de la gran tarea educativa que realiza la Sección de Danza del Instituto del Teatro, que nutre incansablemente el glorioso cuerpo de baile del Gran Teatro del Liceo.

GUILLERMO DÍAZ PLAJA



EXCMO. SR. D. JOAQUIN CALVO SOTELO

El nombre de Joaquín Calvo Sotelo destaca ya, sobre el panorama de las letras españolas, con un relieve que le exime de toda presentación. Calvo Sotelo viene logrando, desde hace algunos años, éxitos reiterados y crecientes. Casi todos los títulos de su abundante obra han merecido, junto al aplauso del público, los más cálidos elogios de la crítica.

Desde 1955, pertenece a la Real Academia Española. Elegido por abrumadora mayoría, en 1959, Presidente del Círculo de Bellas Artes, ha sido objeto de un homenaje de gratitud al cumplirse los dos años de su nombramiento.

Del público barcelonés es especialmente conocido, tanto por sus frecuentes estancias en la Ciudad Condal y su radicación en la vecina Subur, como por los estrenos de sus comedias y por su brillante colaboración en «La Vanguardia Española».

ADHESIONES AL HOMENAJE A AURORA PONS

De ANTONIO:

Me hubiera gustado estar presente en la imposición de las Medallas de Oro de Bellas Artes y del Liceo a Aurora Pons, que tan merecidamente le son concedidas, pero, por razones de trabajo, no me puedo desplazar a Barcelona y quiero, por medio de estas líneas, sepa le rindo el homenaje de mi admiración y me sumo de todo corazón a tan magnífico acto.

De ROSITA SEGOVIA:

¿Cómo no adherirme al homenaje tributado a la «estrella» del cuerpo de baile liceísta, puesto que yo ocupé algunas temporadas? Lo hago con gran placer y expreso a Aurora Pons mi sincera felicitación por las Medallas que le han sido otorgadas y que premian sus méritos interpretativos y su dedicación a la danza.

De VICENTE ESCUDERO:

Me adhiero, sinceramente, al simpático y merecido homenaje que se rinde a la bailarina «estrella» del Gran Teatro del Liceo, de Barcelona, Aurora Pons.

De ROSARIO:

Todo homenaje tributado a una bailarina, debe alegrarnos a cuantos rendimos culto a la danza. Si a esto se une que el homenaje se ofrece a Aurora Pons, artista de gran temperamento y depurada escuela, la alegría es mayor. Para ella, mi adhesión más sincera y mi afecto no menos sincero.

De JOSE LUIS UDAETA:

El homenaje que se tributa en el Liceo a Aurora Pons, gentil capitana de su cuerpo de baile, trae a mi memoria el recuerdo de mis comienzos artísticos en ese mismo teatro. Me complace sobremodo se distinga de esa forma a una bailarina tan excelente como Aurora Pons, y le rindo, desde Suiza, público tributo de homenaje, simpatía, afecto y paisanaje, al mismo tiempo que le expreso mi sentimiento por no poder hacerlo personalmente.

De FILO FELIU:

Encuentro muy justo y merecido el homenaje que se tributa a la «estrella» del cuerpo de baile liceísta, Aurora Pons, al que me adhiero muy sinceramente.

De ALBERTO PORTILLO:

Conocí a Aurora Pons cuando bailábamos juntos en «Ballets de Barcelona». Pronto me di cuenta de su gran calidad y de su entusiasmo por la danza. Hoy, que se le dedica tan merecido homenaje en el teatro de sus grandes triunfos, el del Liceo de Barcelona, le renuevo, una vez más, el testimonio de mi admiración y la seguridad de mi amistad.

De MARIA DE AVILA:

El cuerpo de baile del Liceo es una ave rara en la fauna artística española. No hay, en efecto, en nuestra patria, otro que tenga altura para ser digno del escenario de un gran teatro. Por eso es *rara avis*. Es, además, un cuerpo de baile que tiene algo esencial e imprescindible en el «ballet» clásico: absoluta unidad de estilo. Resultado de la labor de su maestro, Juan Magriña, que es quien formó a todos y cada uno de sus componentes.

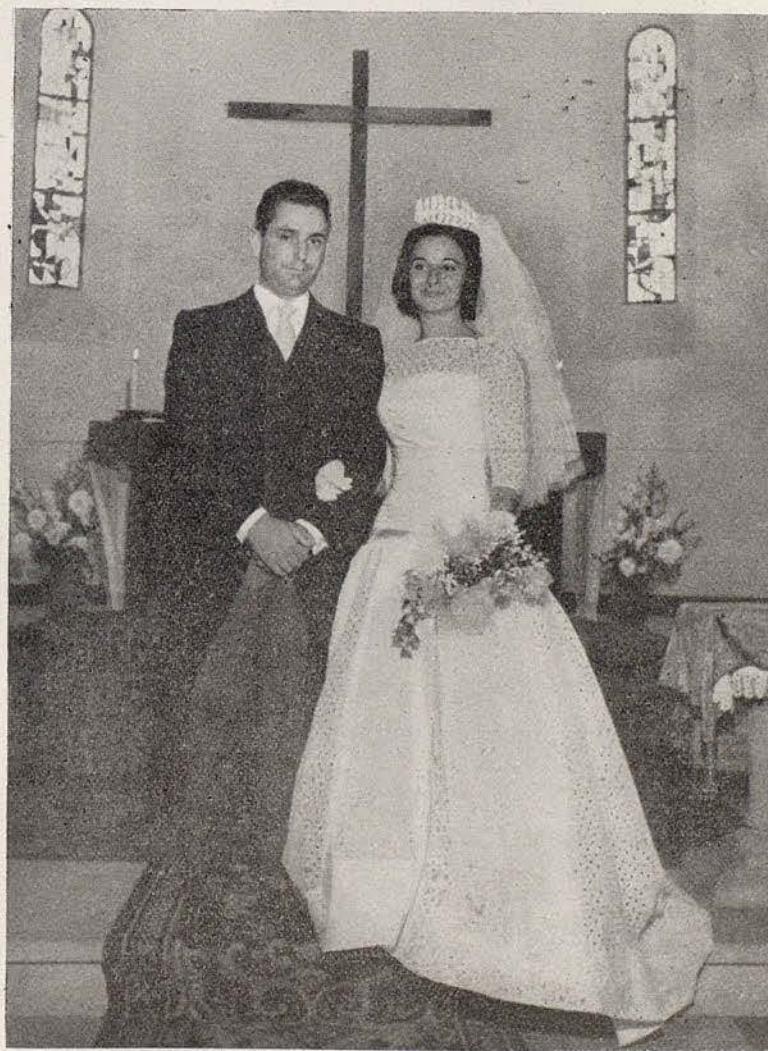
Aurora Pons, el fruto más exquisito de esa labor, es el representante, el arquetipo, en cuanto a técnica, a expresión, a sensibilidad, de cuanto el maestro ha derramado a manos llenas v el cuerpo de baile ha sabido recoger.



Otra faceta de Aurora Pons: el baile clásico español. Uno de sus más destacados éxitos en este campo: "Los rumores de la caleta".



Siempre ha sido muy celebrada Aurora Pons en el "ballet" de "Faust". Hoy tendremos nueva ocasión de admirarla en tan comprometida intervención coreográfica.



4 de septiembre de 1961. Aurora Pons contrae matrimonio con Pedro Calderer, en la Capilla Francesa de la Ciudad Condal